

POLONIA: ENTRE EL SOCIALISMO Y EL CONSUMISMO

JOAQUIN RABAGO

Habla con entusiasmo de la institución Rosa Sensat, cuya labor pudo apreciar no hace mucho, cuando los catalanes le invitaron a pronunciar una conferencia sobre la moderna pedagogía, su especialidad. Bogdan Suchodolski es, sin duda, uno de los mayores expertos mundiales en educación, y un filósofo que ha sabido entroncar el socialismo científico con la mejor tradición humanista europea. Hace un año aparecía en Laia, bajo el título de *La educación*

humana del hombre un volumen que recogía algunos de sus mejores trabajos.

Hemos ido a buscar al filósofo y pedagogo polaco a su casa de verano de Jastrzebia Góra, junto al Báltico. Nuestra conversación, que extractamos, comenzó inevitablemente por el tema educativo para derivar luego hacia algunos aspectos concretos de la realidad polaca que habían llamado particularmente la atención del visitante.

LA escuela es, casi por definición, una institución conservadora, en el sentido de que su papel más importante consiste en reproducir un sistema de valores y la correspondiente visión del mundo. Ahora bien, desde una perspectiva socialista, cómo se puede conciliar esta inevitable función conservadora con su opuesta: la de contribuir al avance de la ciencia, promover nuevos valores, fomentar el cambio social, etcétera.

B. S.—Es una cuestión compleja sobre la que existen diferentes opiniones. Personalmente, estoy en contra de la escuela como sistema burocratizado. Ivan Illich habla de desescolarizar la sociedad. Yo preferiría hablar de desescolarización de la propia escuela. Y es que ésta, como institución, lleva siempre un considerable retraso respecto de los gustos y aspiraciones de las nuevas generaciones e incluso en relación con la planificación social en curso.

—¿Qué hacer, entonces, para resolver esa contradicción?

B. S.—Dos cosas. La primera se refiere al programa escolar, que es casi siempre tradicional y dogmático. Se pueden introducir en este programa las nociones más recientes y avanzadas en el terreno de la ciencia y del arte. En Polonia hemos tratado de modernizar el programa escolar, pero, en mi opinión, esta modernización ha sido insuficiente. Estamos empeñados en una reforma educativa. Existe un proyecto de introducir un tipo de enseñanza global. Me explico: los programas de protección del medio ambiente pueden tratarse desde distintos puntos de vista, según distintas disciplinas, como la Química, la Geografía, la Biología, etcétera. Se podría integrar de ese modo la enseñanza de diferentes asignaturas escolares. Por ejemplo, en la "introducción a la vida familiar" cabría incluir nociones de Historia, de moral, de Sociología. Se trata de ofrecer al alumno un aspecto "modernizado" de la realidad.

"Por desgracia, ha habido que renunciar provisionalmente a este sistema para volver al programa tradicional. ¿La razón? No hay profesores capaces de llevar a cabo este tipo de enseñanza integrada. Además, el especialista de cada una de las disciplinas se ha opuesto siempre. El profesor de Química prefiere hablar de compuestos antes que de las consecuencias que este o

aquel otro proceso industrial tienen sobre la contaminación del medio ambiente.

"En segundo lugar, se puede también llevar a la escuela un nuevo sistema de organización del trabajo en clase. En la práctica, esto es igualmente difícil de aplicar. Pesa todavía demasiado la antigua didáctica en la que todos los alumnos hacen exactamente lo mismo. Sin embargo,

Profesor Suchodolski: "Se habla mucho de 'democracia socialista', pero esto es más una perspectiva de futuro que la realidad actual".



una novedad consiste en ofrecer a los niños más dotados la posibilidad de disponer de cuatro horas semanales. Durante esas horas se les permite realizar las actividades más afines a sus intereses o a su talento. Es un paso adelante, positivo, hacia la individualización.

—Otro factor de tensión, otra contradicción que hay que resolver es la que se produce entre técnica, o al menos un uso determinado de la misma, y humanismo.

B. S.—No es exacto, como piensan muchos, que la técnica sea algo diabólico desde la perspectiva del humanismo, sino que puede ser también, por el contrario, un medio para su desarrollo. Gracias a la técnica tenemos hoy el cine, por ejemplo, que se ha convertido en la más importante de todas las artes. La tecnología sirve también, entre otras cosas, para la reconstrucción de las antiguas iglesias y monumentos. Esto es muy importante para nosotros los polacos, que hemos visto destruido la mayor parte de nuestro patrimonio cultural e histórico durante la última guerra. Determinadas técnicas como el urbanismo y la arquitectura sirven para crear un medio ambiente donde el hombre puede desenvolverse más libremente.

"En determinados sectores de la industria, gracias a la automatización, ha cambiado la división del trabajo entre la máquina y los obreros. El trabajo mecanizado puede encomendarse a la máquina, mientras queda para el hombre la posibilidad de realizar un trabajo inteligente.

—¿Se puede realizar el individuo apretando un botón? ¿Cabe hablar en este caso de trabajo inteligente?

B. S.—Tocar el piano es también una actividad en cierto modo automática. El teclado es algo limitado. El pianista, que sólo tiene diez dedos, está, además, programado por el compositor. Es una situación que, en principio, podría calificarse de alienante. Pero, ¡cuánto se puede hacer con esa partitura, ese teclado y esos diez dedos! Algo parecido ocurre con la conducción de un coche o el pilotaje de un avión. Todo parece estar programado y, sin embargo, es el piloto quien domina a la máquina, sin sentirse alienado por ella. La actividad creadora puede llevarse a cabo lo mismo en situaciones predeterminadas que en las que no lo están.



Calle para peatones entre grandes almacenes, en pleno centro comercial de Varsovia. Escasea la carne, pero abundan los "blue jeans", y llegan con profusión los films norteamericanos.

"Para mí, el problema real, el más delicado de todos, es la posibilidad de que la mayoría de la gente que trabaja pueda encontrar una actividad acorde con sus aptitudes y aspiraciones personales. Esto es muy difícil de realizar, porque las condiciones del mercado de trabajo, amén de muchas otras, condicionan al individuo.

—Parece que en un futuro próximo puede haber en Polonia un exceso de titulados superiores. Entonces un médico o un ingeniero tendrían que dedicarse a conducir taxis, como ocurre a veces en Occidente.

B. S.—Pienso que es necesario disociar la Enseñanza Superior de la expedición de diplomas que facultan para el ejercicio de una determinada profesión. En una sociedad socialista puede preverse que haya gente que desee estudiar el arte o las matemáticas no para trabajar en esos sectores, sino por pura y simple afición. ¿Por qué no habría de estudiar Filosofía un zapatero?

—¿Y si a ese zapatero le interesase enseñar filosofía y no encontrase ningún puesto libre en la Universidad? Es una especie de círculo vicioso. Pero dejemos la educación y hablemos, por ejemplo, de la fiebre consumista que se observa en buena parte de los jóvenes polacos. En Varsovia, especialmente, pero también en Gdansk, en Cracovia y

otras ciudades pueden verse jóvenes vestidos a la última moda, como en París o Roma. Con prendas que no es posible encontrar más que en las tiendas donde se paga con divisas occidentales. Abundan los vaqueros "made in USA", las camisetas "Levis" o "Wrangler", con estrellas o emblemas del Ejército norteamericano. Sé que ha habido protestas en los periódicos por esta moda. Por otro lado, la Coca-Cola y la Pepsi-Cola, que se reparten el mercado polaco, parecen estar haciendo aquí su agosto. ¿Cómo se explica todo esto?

B. S.—Para analizar la cuestión a la que usted se refiere hay que tener en cuenta, antes de nada, la situación real de nuestro país, ubicado entre la URSS y Alemania. La Unión Soviética es la potencia que nos garantiza las fronteras del Oeste. Desde este punto de vista, el de la gran política, se puede hablar de una simbiosis entre socialismo y patriotismo. Es decir, que no hay gente que esté contra el socialismo porque nuestra pertenencia a este sistema nos protege y nos ofrece la posibilidad histórica de vivir una vida nacional.

"Ahora bien, desde el punto de vista de la vida real, cotidiana de la gente, uno puede preguntarse: ¿quiere la gente hacer algo por el socialismo o no? La respuesta es más bien negativa. Muchos dicen: que-

remos vivir nuestra propia vida, hacer nuestro trabajo, gastarnos nuestro dinero, comprarnos un coche, un televisor, o viajar al extranjero... En este sentido, es cierto que existe una sociedad de consumo. Pero, ¿qué hay de malo en ello, al menos en principio? La vida cotidiana debe poder organizarse según los gustos y deseos de cada uno. Que, como decía Voltaire, cada cual se ocupe de su jardín. La cuestión, sin embargo, es por qué está tan extendida esta consigna. Yo diría que porque el socialismo en nuestro país está organizado y administrado exclusivamente por un equipo. Se habla mucho de *democracia socialista*, pero esto es más bien una perspectiva de futuro que la realidad actual. Una administración excesivamente centralizada se ocupa de cuanto afecta a la vida cotidiana de los individuos. A éstos, a los grupos de particulares, no les queda prácticamente ningún margen de iniciativa. Aquí existen instituciones que realizan toda clase de actividades culturales y sociales por cuenta del Estado. Esto lleva a muchos ciudadanos a desinteresarse de la gestión de la cosa pública y a ocuparse exclusivamente de lo suyo. De ahí esa fiebre consumista. Si, la situación es ciertamente dramática.

—¿Salidas? Yo sólo veo una: la *democratización real* del poder político. Si fuera posible avanzar por esa vía, que, por otra parte, ya previeron los clásicos. El Estado debe perder su actual omnipotencia. El propio Lenin se refirió a su necesaria autodisolución. Si de verdad conseguimos eso, habremos dado un importante paso adelante hacia la democratización del poder político.

"Hace unos meses se introdujeron por ley parlamentaria los "consejos sociales de vigilancia" para controlar el trabajo de la Administración. Ahora bien, se trata sólo de comités de control, no de iniciativa, que es lo que hace falta.

—¿Quién controla a esos controladores? ¿Son elegidos o nombrados a dedo?

B. S.—Por ahora, son gente nombrada por las uniones profesionales y el Partido. No son elegidos.

—Si el Estado no se democratiza, ello obedecerá a razones tanto internas como externas. Entre estas últimas, me imagino que el peso de la URSS es acaso la más importante.

B. S.—Está claro. No hay más que recordar el ejemplo de Checoslovaquia en el sesenta y ocho. En cualquier caso, es siempre más fácil administrar un país mediante un poder centralizado y autoritario que a través de una democracia polivalente. Desde hace treinta años no tenemos tradición de vida democrática. Es ahora mismo un riesgo dejarles a los ciudadanos libertad de opinión y elección.

También es cierto que entre las dos guerras tuvimos un régimen parlamentario en el que veinte o treinta partidos se dedicaron a combatirse entre sí en lugar de tratar de resolver los problemas del país. Es muy difícil introducir ahora un sistema multipartidista, sin una tradición como la que puede existir, por ejemplo, en Francia.

Además, la auténtica dificultad es sobre todo democratizar la Administración. Su omnipotencia constituye también un importante obstáculo en los países de Occidente, donde el sistema de partido es únicamente el marco en que se desenvuelve la que podríamos llamar "macropolítica". Cuando se trata de solucionar problemas concretos de la vida cotidiana de la gente, es la Administración la que se ocupa de todo. Una Administración centralizada, burocrática y apenas sometida al control del hombre de la calle. ■ Fotos del autor.